

ESPAÑA SIN LEY

...Cuando, el año de 1915, pisé por primera vez tierras hispanas, muy presto llegaron a mi espíritu, ansioso de conocer la opinión política del Reino, múltiples voces que me hicieron creer firmemente en una muy próxima revolución nacional en España. Y poco más tarde, durante una estancia de dos años que viví adentrado en la palpitante vida española, siguiendo con enorme cariño e interés el desarrollo inaudito de su progreso material, intelectual y artístico, el malestar general continuaba persistente, exteriorizado unas veces en manifestaciones alardosas de protesta pública y hasta violenta; y otras, en acentos de inconformidad casi inaudibles por lo cautos o medrosos; manifestaciones todas que, por ser reiteradas y variadísimas, reafirmaron mi creencia en la posibilidad inminente de una comunión revolucionaria en la Península. Burócratas, periodistas, burgueses, proletarios, campesinos, literatos, artistas; todos por separado, pero todos concordes, estimaban necesaria y fatal una transformación profunda en la vida e instituciones de España.

Un joven escritor, periodista de enjundia y político en ciernes; uno de esos patriotas puros y talentosos que para hacer fuerte a su España futura han comenzado ellos mismos por hacerse recíamente cultos documentándose al otro lado de los Pirineos y del Atlántico, me decía: “Estamos cansados de los viejos políticos encallecidos en la rutina estéril, porque ellos son, ideológica y aun fisiológicamente incapaces de saber estimar y seguir las nuevas corrientes del pensamiento social moderno; y además, como el turno de los partidos es aquí tan rápido, los gobiernos, cuando ascienden al poder, nada ejecutan porque les falta tiempo para edificar. Los proyectos ministeriales, defendidos siempre con elocuencia en las

Cortes, porque eso sí, todos los ministros son elocuentísimos, no pasan de tales proyectos porque al iniciar el desarrollo de sus planes el flamante ministro pasa del banco azul a la oposición, de donde saliera poco antes.

“Por otra parte, y esto es más grave, nuestros estadistas tradicionales no saben destruir y, en España, es preciso y urgente destruir para reconstruir. De otro modo no saldremos de la inercia infecunda.”

Un republicano ilustre, saturado de la misma rebeldía, me aseguraba enardecido con el tono inconfundible de la sinceridad: “Es odioso y vergonzoso que vivamos así; al margen de la vida internacional; de espaldas a América, a la que necesitamos todavía descubrir; y de espaldas a Europa que nos ignora con sobrada razón. Esto cuando España, por su riqueza potencial; por su privilegiada situación geográfica y climática; por la pujanza de su pueblo sanísimo, y, ¿por qué no decirlo, por su genio, ha mucho que debería ser, de hecho, una gran potencia; y no lo es por culpa de sus pseudopolíticos, porque nuestros hombres de gobierno no merecen el dictado de verdaderos políticos. El político, en el puro sentimiento de la palabra, es la más alta representación de una época saturada de cultura. Ser político no es un demérito. Todo lo contrario: no serlo, lo es —según el atinado decir de mi correligionario Marcelino Domingo—. Lo cual quiere decir que nosotros no tenemos verdaderos estadistas entre nuestros gobernantes de hoy. Si los tuviésemos habríamos conducido sabiamente nuestros destinos históricos. Pero todo se mudará, todo se transformará, hasta el régimen monárquico.”

Un gran poeta y comediógrafo me declamaba con elocuencia muy española y muy siglo XIX: “Aquí todos están descontentos del gobierno, de los procedimientos gubernamentales, del régimen, del ambiente mezquino: lo mismo los socialistas, que los republicanos, que los conservadores ultramontanos, que los liberales, que los comunistas; todos tildan a todos. Y es natural: no se si estamos desunidos nada más o envilecidos, pero estoy seguro de que estamos cansados y hartos de sinecuras, fueros y privilegios. El clero no produce y consume y atesora una formidable riqueza que hace falta a la circulación. El ejército, como es el único serio de la monarquía, y lo sabe, vive comodísimamente con todos los gajes y honores que exige y se le otorgan; y la corte y la nobleza, que

se llevan buena parte del presupuesto español, ahondan con sus ya extemporáneos e intolerables privilegios, la distancia existente entre gobernantes y gobernados.”

Y, por último, un exaltado socialista me confiaba su verdad incontrovertible, su vaticinio axiomático:

—La revolución es aquí inevitable; cuestión de días. Una parte del ejército, los descontentos de Marruecos están y vendrán con nosotros; los republicanos y comunistas y quizá los carlistas serán nuestros aliados naturales. El régimen se derrumbará.

—¿Cuándo? —le pregunté a mi convencido y ciego informante.

—Cuando tengamos un hombre. El hombre de España no ha surgido todavía, pero surgirá...

(Madrid, 1927).